

fermedad que padecía; el Virrey, que era inclinado á la clemencia, resolvió la petición en sentido favorable y puso en libertad á la Corregidora; en cuanto á su esposo, en Junio de 1817, aunque no fué re- puesto en el Corregimiento, continuó disfrutando el sueldo de cuatro mil pesos anuales, que ni un solo día había dejado de percibir. Continuó así hasta el restablecimiento de la Constitución en 1820, que definitivamente perdió su empleo. Durante la revolución de Iturbide no tomó Domínguez ninguna participación en los asuntos públicos y su nombre no vuelve á figurar sino hasta 1823, en que con el carácter de suplente formó parte del triunvirato conocido con el nombre de Poder Ejecutivo, puesto en el que permaneció, en junto, las dos veces que lo ocupó, año y medio. Su avanzada edad no le permitió ejercer una influencia decisiva entre sus compañeros.

En 23 de Diciembre de 1824 fué declarado primer Magistrado y Presidente de la Suprema Corte de Justicia; como el nombramiento era á perpetuidad, lo desempeñó hasta su muerte, ocurrida el 22 de Abril de 1830. Su biografía no ha llegado á escribirse, pues los pocos escritores que se ocupan de él acaso sintieron disminuir la admiración que pueden haber tenido por el antiguo Corregidor, al saber que percibió su sueldo y sirvió al Gobierno español durante los diez años de guerra y prefirieron guardar silencio á relatar este hecho, que no debe callarse por no ser deshonesto, y sobre todos, por ser ajustado á la verdad histórica.



Doña Josefa Ortiz de Domínguez.



DONA JOSEFA ORTIZ DE DOMINGUEZ.

Esta dama fué una de las más decididas partidarias de la Independencia, y la que materialmente empujó á los primeros caudillos á empezar la revolución, haciéndoles saber con toda oportunidad el riesgo inminente en que estaban, de ser reducidos á prisión, por haberse descubierto sus planes revolucionarios.

Nació en Morelia en 1768; huérfana en temprana edad, quedó al cuidado de una hermana mayor y se radicó en México, ingresando en 1789 al colegio de las Vizcaínas, de donde salió dos años después para unirse en matrimonio con Don Miguel Domínguez, letrado, que desempeñaba un empleo público. Nombrado aquél Corregidor de Querétaro algunos años después, lo acompañó á tomar posesión de su empleo y aun lo ayudó á resolver muchos asuntos delicados, pues era señora de talento, muy despejada, de ánimo resuelto y varonil. Probablemente desde 1803, cuando la conspiración de Valladolid se ramificó, tomó Doña Josefa parte en ella, é indujo á su esposo á ser del número de los conjurados.

Alguno de sus biógrafos dice que Allende fué el que la catequizó para que tomase parte en la conspiración á causa de que era el prometido de una de sus hijas, pero no parece esto muy verosímil, dada la diferencia de edad de una y otro; la señorita Domínguez apenas contaría diez y ocho años escasos, en tanto que Allende ya era viudo.

y tenía más de treinta y cinco años; sea como fuere, lo cierto es que la Corregidora fué uno de los más activos colaboradores que los conspiradores pudieron obtener. Por causa de las preocupaciones de la época no sabía escribir Doña Josefa, sino únicamente leer, pero para suplir esa deficiencia, cuando necesitaba enviar algunas noticias á sus correligionarios, recortaba las palabras necesarias de los papeles impresos que guardaba y las pegaba ordenadamente sobre papel de china; tenía una mujer correo que desempeñaba el oficio de cohetera y ésta secundaba hábilmente las miras de Doña Josefa.

Cuando fué descubierta la conspiración á su marido, como hemos visto en la biografía de éste, no pudo eximirse de proceder en unión del escribano, de hacer las diligencias necesarias para cerciorarse de la verdad de la denuncia recibida, pero antes de ello, avisó á su mujer lo que pasaba, y temeroso de que cometiese una imprudencia, creyó prevenirla dejándola encerrada bajo llave. Esta precaución no fué obstáculo para que la Corregidora diese al Alcalde Ignacio Pérez instrucciones para ir á hablar á Arias, creyéndolo leal y no traidor, y cuando éste se negó, aquélla envió directamente la noticia del descubrimiento á Allende, que estaba en San Miguel. La diligencia de la señora Ortiz de Domínguez hizo que no solamente no se frustrase la conspiración de Dolores como se frustró la de Valladolid, sino aun que se adelantase la fecha de la insurrección, que estaba señalada para los primeros días de Octubre de 1810.

Mientras el Alcalde cumplía su comisión, la Corregidora era aprehendida, en unión de su marido, en la madrugada del 16 de Septiembre, á la misma hora que en Dolores se daba el grito de libertad. Doña Josefa estuvo presa en la casa del Alcalde Ochoa y después en el convento de Santa Clara, donde permaneció aún después de que el Corregidor quedó libre y repuesto en su empleo por el oidor Collado; hasta que éste á su vez no cayó en manos del insurgente Villagrán y para recobrar su libertad se

comprometió á darla á los presos, fué cuando dejó el convento doña Josefa. No por los trabajos sufridos desistió de sus ideas; por el contrario, continuó haciendo tan activa propaganda en favor de la independencia que gracias á ella se consideraba Querétaro como un foco de revolución, y el comandante del batallón urbano, Romero Martínez, en 1811 se quejó al virrey y acusó al Corregidor; los informes contradictorios que obtuvo la junta de seguridad impidieron que se le formase proceso y el virrey se limitó á pasar á Domínguez un oficio reservado en el que le recomendaba que aconsejase á su esposa para que variase de conducta, pues de lo contrario se la pondría en reclusión; Domínguez contestó, diciendo haber cumplido con lo que se le mandaba; pero es difícil que consiguiese convencer á su varonil esposa de la imprudencia de su proceder.

En 1813, al establecerse el régimen constitucional, fué comisionado al canónigo Beristain, que accidentalmente se encontraba en Querétaro, para que procurase que en las elecciones municipales no fuesen excluidos los europeos, como había sucedido en otras provincias. El canónigo, que de semanas atrás estudiaba la situación, comprendió que en esa ciudad había una influencia grande que contrarrestaba la propaganda pro-española que pudiera hacerse hasta en el púlpito y que esa influencia era la de la Corregidora. En oficio dirigido al virrey con fecha 14 de Diciembre de 1813, decía Beristain de doña Josefa que era "un agente efectivo, descarado, audaz é incorregible que no perdía ocasión ni momento de inspirar odio al rey, á la España, á la causa y determinaciones justas y legítimas de este reino;" concluía, llamándola una verdadera Ana Bolena, que aun á él mismo había intentado seducir.

Como resultado de estas denuncias Don Miguel fué suspendido en su empleo de corregidor, y el Juez Lopetedi, su sucesor, recibió orden de instruir sumaria contra la Corregidora; al mismo tiempo, al Coronel Ordoñez que traía un convoy, se le previno que extrajese á dicha señora de su casa y

la condujese bien escoltada á la capital, permitiéndole, como única compañía, una de su hijas ó una criada; llegada á México fué recluida en el convento de Santa Teresa, pero á poco tiempo, por estar grávida, se le permitió salir á una casa particular. La sumaria seguida por Lopetedi resultó muy voluminosa y bastante curiosa: en ella consta pormenorizada toda la historia del principio de la insurrección y los papeles que desempeñaron todos los conspiradores de Querétaro, las relaciones que Doña Josefa sostenía con los primeros caudillos, con Rayón y con la Junta de Zitacuaro, y multitud de normenores interesantes; pasada esa sumaria al auditor Foncenada éste dictaminó que debía sobreseerse en lo relativo al Corregidor, pero no así en lo referente á su esposa, la que, en su opinión, padecía de enajenación mental, según la extravagancia de sus procederés; no pedía, sin embargo, contra ella ni la pena de reclusión.

En este estado permaneció la causa desde 1813 hasta Noviembre de 1816, en que el nuevo auditor consiguió que la Corregidora fuese encerrada en el convento de Santa Catalina de Sena, por espacio de cuatro años. El advenimiento de Apodaca al Virreinato y las derrotas del general Mina influyeron bastante en el alivio de la suerte de aquella señora que, por instancias de su marido, obtuvo la libertad en Junio de 1817, aunque con la obligación de permanecer en la capital. La circunstancia de haberse circunscrito la revolución al Sur y de haber desaparecido los caudillos conocidos de doña Josefa, produjeron, más que las prisiones sufridas, el resultado de que casi no tomase parte en los sucesos ocurridos desde 1817 hasta 1822.

Proclamado el imperio de Iturbide la ex-Corregidora recibió el nombramiento de dama de honor de la Emperatriz doña Ana, el que se negó á aceptar, "con frases sumamente enérgicas," dice uno de sus biógrafos. Cultivó relaciones de amistad con los miembros del partido yorkino ó exaltado en el que se filió su marido y tuvo alguna influencia sobre Victoria al que reprochó

su debilidad en la revolución de la Acordada, como había reprochado á Hidalgo las matanzas de Granaditas. En 1824, que se reunió la junta de recompensas, declaró de un modo terminante que ella no solicitaba ningún premio por sus servicios. Ignórase á ciencia cierta la fecha de su muerte, pero generalmente se cree que ocurrió en el año de 1829. Su cadáver fué sepultado en la iglesia de Santa Catalina.

Si en ideas políticas fué exaltada, en ideas religiosas fué irreprochable y fué una madre de familia modelo; "no permitía que sus hijas concurrieran á los bailes y rara vez consentía que asistiesen al teatro;" supo educar en los sólidos principios de piedad y religión á su numerosa familia, y se preparó cristianamente para el terrible trance de la muerte.

En 10 de Diciembre de 1878 el Congreso de Querétaro declaró á doña Josefa Ortiz de Domínguez, benemérita del Estado y mando inscribir con letras de oro su nombre en el salón de sesiones; en 1882 se previno que sus restos fuesen llevados á aquella ciudad; en 1894 se llevó á cabo la traslación, habiéndose verificado, con tal motivo, una elocuente manifestación. Hoy descansan en un elegante mausoleo erigido en el Panteón de la Cruz. En 1900 fue inaugurada la estatua sedente de la Corregidora en el Jardín de la Plaza de Santo Domingo de esta capital, que desde entonces se llama "Jardín de la Corregidora."

Muy merecidos son estos homenajes rendidos á la memoria de doña Josefa, honra de su sexo, que con su patriótica y abnegada conducta contribuyó á nuestra emancipación y supo dar ejemplo de esfuerzo á tantos varones como entonces se levantaron en armas. La memoria de la heroína perdurará en México y su conducta intachable en lo privado y resuelta en lo que atañe á la vida pública, servirá de modelo á nuestras compatriotas.



Ignacio Allende.



D. IGNACIO DE ALLENDE.

Aunque don Miguel Hidalgo es la figura que aparece como principal en la revolución de 1810, débese esto á diversas circunstancias y, más bien, á la tradición que á la verdad histórica, por más que ésta se empeña en dar á cada uno de ellos el lugar que le corresponde en esa revolución. En efecto, las investigaciones desapasionadamente hechas, demuestran que fué Allende el que, además de concebir la idea de la independencia desde que estuvo en el cantón militar de Jalapa, trató de llevarla á la práctica, primero uniéndose á los conspiradores de Valladolid y después trabajando por su propia cuenta, buscando nuevos partidarios y organizando juntas en San Miguel, Querétaro y Dolores, para lo que hacía frecuentes viajes á estos dos últimos puntos y á Guanajuato. Que Hidalgo por su parte pensase en la Independencia y trabajase por ella, como también está demostrado, nada quita á la gloria de Allende; lo que sí le restó fama y le quitó el primer lugar fué la vacilación de que dió muestras en el momento supremo, cuando reunidos todos los caudillos comprometidos en la casa del párroco de Dolores y sabedores de que su trama estaba descubierta no sabían qué partido tomar; Hidalgo fué el único que en aquellas instantes demostró resolución y energía y determinó empezar el movimiento aun contra la opinión de sus compañeros. Aquella decisión acreditó que

más que Allende, merecía él ser el jefe de la revolución.

Don Ignacio María de Allende nació en la Villa de San Miguel el Grande (Guanajuato) el 20 de Enero de 1779; su padre, Don Domingo Narciso, fué un español que se enriqueció en el país, y su señora madre, doña Mariana Uruga, pertenecía á una de las principales familias del lugar. Aunque á la muerte de su padre, quedó la casa de comercio en estado de quiebra, la buena administración de otro español, don Domingo Berrio, hizo que ésta se liquidase de una manera favorable para todos; y tanto don Ignacio como sus hermanos, don Domingo y don José María, heredaron una fortuna si no cuantiosa, sí suficiente para vivir con desahogo. Don Ignacio se dedicó á la carrera de las armas desde bastante joven y sirvió á las órdenes de Calleja en 1801, cuando este jefe expedicionó por la provincia de Texas para batir al aventurero anglo-americano, Felipe Nolland, que se había introducido en ella y trataba de fortificarse; en esa expedición y en la que posteriormente se emprendió á la misma provincia para contrarrestar los planes de Aaron Burr, ganó Allende sus primeros ascensos, y cuando en 1806 empezó á formarse el cantón de Jalapa para prevenir una invasión de ingleses ya ostentaba las charreteras de capitán. En ese cantón, en que se dió á conocer la fuerza de la colonia, empezó á hablarse de independencia, y es indudable que desde entonces germinó la idea en los cerebros de los oficiales que formaron el cantón.

Disuelto éste, regresó á San Miguel donde mandaba el regimiento de caballería de la Reina y donde empezó á conspirar; era viudo ya y de su matrimonio, que hizo acrecer su fortuna, tenía un hijo llamado Indalecio que ya en 1810 tocada los lindes de la juventud. Viudo, rico y militar era como natural que fuese inclinado á la disipación, como afirma Alamán, al que se ha criticado mucho por este dato, sin que por ello fuese un perdido. Era buen jinete y aficionado al deporte del campo. Acogió con entusiasmo los proyectos de los

conspiradores de Valladolid, y aunque éstos fueron descubiertos, él siguió trabajando por la causa. De acuerdo con Hidalgo, había fijado la fecha del levantamiento para el primero de Octubre de 1810, ya que no había sido posible aprovechar la oportunidad de estar Nueva España sin virrey; y como se acercaba esa fecha sólo se ocupaba de arreglar los pormenores de la revolución, al fin llegó á hacerse sospechoso al intendente de Guanajuato, que ordenó su prisión. Hidalgo, por su parte, que tuvo noticia de que la conspiración había sido descubierta, hizo llamar á Allende, que se encontraba en San Miguel, para que ambos determinasen cómo habían de proceder, dadas las circunstancias comprometedoras en que se encontraban.

La noche del 14 de Septiembre y todo el día del 15 lo pasaron los dos en Dolores sin resolverse á nada en espera de noticias; llegaron éstas en la noche de ese día, llevadas por Aldama (Don Juan) en las que se les hacía saber lo ocurrido en Querétaro; y enterado Hidalgo de ellas, tomó la resolución de lanzarse inmediatamente al campo. Allende no hizo ninguna objeción y fué á sublevar á los soldados del regimiento de la Reina que había en el pueblo y en seguida se dirigió á prender á Cortina y á Rincón, ricos españoles de Dolores, y en seguida, de acuerdo con Hidalgo, resolvió emprender la marcha para San Miguel, donde estaba el resto del regimiento del que era capitán.

Llegados á la población el mismo día 16, se consiguió el objeto sin que el Coronel Canal se opusiese al pronunciamiento de sus soldados; cuatro días después se presentaron los dos jefes, entre los cuales, hasta entonces, no hubo diferencia de rango, frente á Celaya, donde Allende se entregó á la ruda tarea no de organizar, pero sí de arreglar un poco aquél ejército, que ya llegaba á 40,000 hombres y que más que una tropa parecía una tribu errante emigrando. El 22 se reunieron los jefes independientes y el Ayuntamiento y procedieron al reparto de grados y empleos en el ejército; Hidalgo recibió el título de Capi-

tán General de la América, y Allende el de Teniente General, lo que le daba el segundo puesto en el ejército. Reprobó enérgicamente los desmanes de la plebe, á los que Hidalgo no trataba de oponerse, aunque le causaban disgusto, y desde el primer día procuró que la desmoralización de las chusmas no cundiese á los soldados veteranos, que se iban adhiriendo á la causa; sin embargo, que no tenía gran confianza en ellos, lo demuestra la circunstancia de haber desistido de la primitiva idea de apoderarse de Querétaro, que ya estaba en estado de defensa y de encaminarse mejor á Guanajuato, donde no había tropa suficiente para resistir á los insurgentes.

El asalto y toma de Granaditas demuestra que no había mucha unidad de mando entre éstos, pues aunque al parecer correspondía á Allende el mando, en realidad él é Hidalgo dieron disposiciones para el ataque, y á la hora de la toma del edificio ninguno de ellos se halló presente para evitar la matanza; sin embargo, siguiendo su costumbre, procuró hacer cesar el pillaje. En la marcha á Valladolid no consta que Allende tuviese gran intervención y caminó con el grueso del ejército; en esa ciudad él fué el único que asistió á la misa solemne de acción de gracias que se dijo en la Catedral, pues Hidalgo estaba profundamente disgustado con el Cabildo por haber encontrado cerradas las puertas de la Catedral el día de su entrada. También allí el Teniente General procuró evitar el saqueo haciendo disparar cañonazos sobre la plebe, y fué entonces cuando ocurrió el episodio del aguardiente, del que Allende bebió un vaso delante de la multitud, para demostrar que no estaba envenenado, como se decía.

En camino para México, el ejército se detuvo en Acámbaro, donde Hidalgo fué proclamado Generalísimo y Allende Capitán General, por los ochenta mil hombres que ya seguían las banderas insurgentes. Con sus medidas acertadas, el nuevo Capitán General hizo retroceder á Trujillo á las Cruces antes de que fuesen cortados los puentes sobre el río y ciénega de Lerma, y en

la batalla, que personalmente dirigió, consiguió derrotar al jefe español.

Después de esta acción entraron en desacuerdo los jefes principales del ejército revolucionario, con motivo de la conducta que debían seguir: Hidalgo trataba de retirarse, seguramente porque creía bien defendida la capital y muy próximo el ejército de Calleja; Allende, por su parte, creía que la causa que defendía ganaría todo con ocupar á México, y probablemente era el que tenía toda la razón en la controversia, pues es incalculable el prestigio que á la revolución hubiera dado la ocupación de la capital del Virreynato, la fuga ó prisión del Virrey y la desorganización de todo el sistema de Gobierno colonial. Prevalció la opinión de Hidalgo y el ejército triunfante se retiró, dando esto por resultado que de cien mil hombres que tenía en las Cruces, no le quedase ni la mitad á los seis días y al séptimo se dispersaron los restantes al encontrarse con las fuerzas de Calleja en Aculco. Desde entonces, la desgracia persistió á los independentes.

Allende se separó de Hidalgo en las intermediaciones de Aculco y seguido de pocos soldados, aunque eran los mejores del ejército, pues pertenecían á los Cuerpos pronunciados, se dirigió á Guanajuato, y allí dió muestras de una actividad extraordinaria para poner la ciudad en estado de defensa, porque calculaba, con fundamento, que no tardaría Calleja en irlo á atacar. Esa resolución de Allende no demuestra gran talento militar y sí su mucho arrojo, pues Guanajuato no es una plaza muy defendible, aunque esté en poder de un jefe experimentado. Allende, al que acompañaban muchos de los oficiales del ejército sublevado, dió muestras de gran actividad: fundió cañones, tarea en la que lo secundó admirablemente Dávalos, que le entregó veintidós, los que fueron colocados enfilando la cañada de Marfil; barrenó peñascos para lanzarlos sobre los realistas en la hora oportuna, fabricó armas y pólvora y excitó el entusiasmo de la población; sin embargo, de todo esto, quiso aumentar los recursos de defensa y para esto solicitó la ayuda de Hidal-

go, que estaba en Valladolid, la de Torres, que era dueño de Guadalajara, y la de Iriarte y de otros insurgentes que había por San Luis Potosí; sólo este último atendió la invitación y salió con dirección á Guanajuato, á donde no llegó por habersele adelantado el ejército realista.

Calleja, que lo mandaba, flanqueó las fuertes posiciones de Marfil en la tarde del 24 de Noviembre, supo evitar los barrenos, que hubieran acabado con su ejército, y sin esperar al día siguiente emprendió el ataque de la ciudad, ocupando sucesivamente los puntos fortificados y trincheras, y apoderándose de los cañones que había en ellos. Luego que Jiménez, que fué el que tuvo el mando directo de la acción, avisó á Allende que estaba perdida, éste salió de la ciudad con los Generales y las cargas por el camino de Santa Rosa, sin ser perseguido. Calleja, entre tanto, pasó la noche en Valenciana, desatendiendo las advertencias de Linares, de que urgía entrar á la ciudad para evitar la matanza de españoles, que al fin hubo, promovida por la plebe; para vengar esa hecatombe de la que él fué el responsable, mandó tocar á degüello al día siguiente, que entró á Guanajuato, y en los subsecuentes siguió haciendo numerosas ejecuciones.

Allende se dirigió á Guadalajara, donde se unió con Hidalgo, y ninguna participación directa tomó en el arreglo del Gobierno insurgente que éste hizo; se ocupó de los asuntos militares, reuniendo nueva artillería, organizando el ejército, que había vuelto á ser numeroso, y tomando otras medidas. La frialdad de sus relaciones con el Generalísimo era grande, y muestra de ello es la especie propalada de que Allende pensaba formalmente en envenenar á Hidalgo; lo que sí es indudable es que las diferencias entrambos aumentaron con las matanzas de españoles, á las que se opuso siempre el primero, y con el plan de campaña para batir á Calleja; Hidalgo opinaba por una batalla campal, y Allende por la retirada; los hechos vinieron á dar la razón á éste, aunque sin desmentir que el de aquél era más militar.

Calleja, cuyas operaciones eran muy lentas, avanzaba sobre Guadalajara, esperando á Cruz, que tuvo que forzar el paso de Zamora y que no obstante, no llegó oportunamente á Calderón; sin embargo, al saber que los insurgentes trataban de hacerse fuertes en el puente de este nombre, que es paso indispensable para la ciudad, apresuró su marcha, pero se encontró con que aquéllos ya habían tomado posiciones, y por cierto las habían sabido escoger; limitóse, pues, á ocupar el puente, y á acampar, en espera de dar la batalla el 17 de Enero de 1811. No obstante lo que dice Alamán, en ella sí hubo dirección, y Allende, que la mandó, fué hábilmente secundado por Aldama y Abasolo; tres veces fué rechazada la izquierda realista á las órdenes de Flon, y en dos ocasiones volvieron la espalda las tropas de Calleja, habiendo un momento en que toda su línea osciló y estuvo á punto de ser derrotada en conjunto, pero la pericia del General español, unida al incendio del parque en el campo insurgente, le dieron la victoria, y aquellos cien mil hombres que creyeron ser vencedores, huyeron precipitadamente por todas partes. Allende fué de los últimos en abandonar el campo, y cuando perdió toda esperanza, tomó el rumbo de Zacatecas, para donde ya le había precedido Hidalgo.

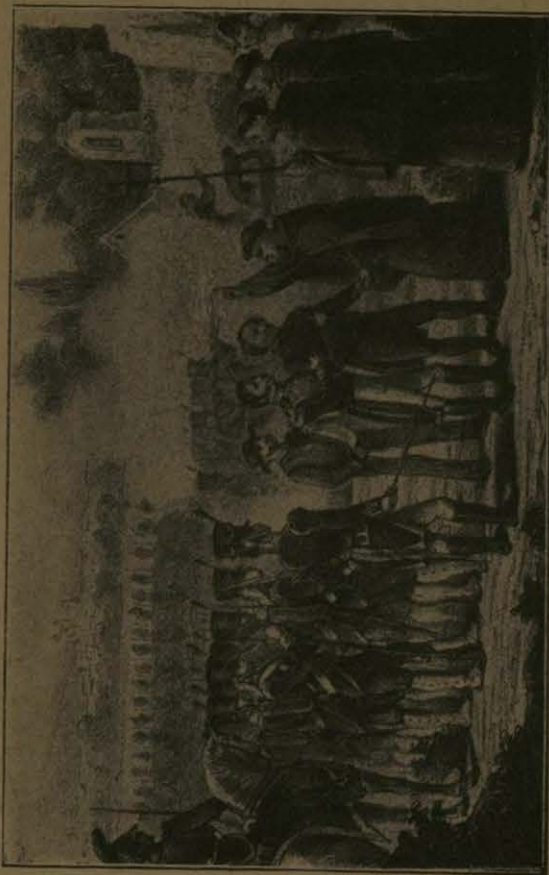
No lo alcanzó en Aguascalientes, donde con los soldados de Iriarte se había empeñado á formar un nuevo ejército; siguió violentamente su camino y en la Hacienda del Pabellón logró Allende unirse con el Generalísimo; las discordias que desde Guadalajara habían empezado, estallaron de nuevo, y dieron por resultado que Hidalgo se viese obligado á dimitir verbalmente el mando y que Allende fuera reconocido Generalísimo. Su primera disposición fué ordenar que continuase la retirada, no sólo á Zacatecas, sino hasta Saltillo, único punto en el que se consideraba seguro por entonces. En Matehuala se adelantó para imponer respeto á los realistas, que amenazaban la capital de Coahuila, y consiguió su objeto.

El 16 de Marzo celebraron los Genera-

les Junta general, y en ella quedó resuelto dirigirse á los Estados Unidos en solicitud de recursos; el Lic. Aldama debía precederlos con el carácter de Embajador, y el ejército debería quedar en pie para continuar la campaña; como ni Abasolo ni Arias quisieron el mando, lo recibió el abogado Don Ignacio López Rayón. Los Generales, tomados estos acuerdos, siguieron su camino sin detenerse, acompañados de una escolta de mil quinientos hombres, y el 21 de Marzo fueron hechos prisioneros por el traidor Elizondo en Acatita de Bajan; el exceso de confianza hizo que esa escolta marchase á retaguardia y desprevenida en lugar de ir con los carruajes y atenta á cualquiera emergencia.

Allende fué el único que trató de defenderse haciendo fuego sobre sus aprehensores, pero quedó desarmado y maltrecho y tuvo el dolor de ver morir á su hijo Don Indalecio en la refriega; también murió á consecuencias de ella Arias, el denunciante de Querétaro, que se había incorporado á los insurgentes después de la comedia de su prisión. Conducidos los prisioneros á Monclova y á Chihuahua, ahí se les formó proceso desde el 6 de Mayo.

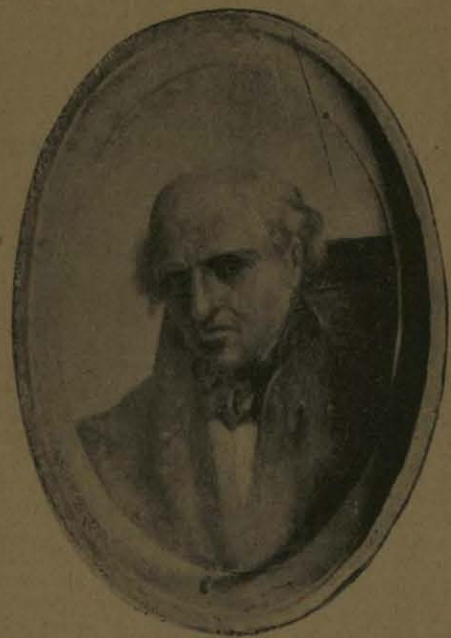
La conducta de Allende durante el proceso fué digna y á nadie comprometió en sus declaraciones; comprendía que su vida estaba perdida y no quiso hacerse responsable de la de otros, así es que la instrucción de su proceso ningún trabajo costó. Sentenciado á muerte, fué pasado por las armas el día 26 de Mayo de 1811, en unión de Jiménez, de Don Juan Aldama y de Don Manuel Santamaría. Las cabezas de los tres primeros se reservaron hasta que cayese, más de dos meses después, la de Hidaigo, para que las cuatro fuesen colgadas en los ángulos de la alhóndiga de Granaditas; allí permanecieron hasta Marzo de 1821, que las hizo quitar Bustamante. Reunidas á sus cuerpos, fueron depositadas en 1822 en la cripta de la Catedral de México, donde permanecieron hasta 1893, en que fueron trasladados al altar de San José de la misma Catedral, mientras descansan definitivamente en el mausoleo que se mandó erigir y que



Fusilamiento de Allende en Chihuahua.

era un deber haber inaugurado siquiera para el Centenario del grito de Dolores.

En la causa instruida á Hidalgo éste hizo plena justicia á Allende atribuyéndole gran afán por lanzarse á proclamar la Independencia de México, y reconoce que fué el cerebro de los conspiradores y el brazo de la revolución. Si en Aculco, Guanajuato y Calderón la victoria no ornó sus sienes, débese á los malos elementos de que disponía y á la rivalidad de los caudillos, mas no á deficiencia de Allende, que dió muestras de ser soldado, hombre enemigo de los excesos y afecto al orden y la disciplina. Muchas ciudades y Distritos llevan su nombre, y su pueblo natal llámase hoy San Miguel de Allende, pero hasta ahora no se le ha erigido la estatua que merecía, ni allí ni en otra parte.



Sr. Cura D. Miguel Hidalgo



DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA.

Ha llegado á ser la figura principal de la Insurrección y el símbolo de ella; su fama ha oscurecido la de todos los que militaron con él ó á sus órdenes, y se ha conseguido hacer de él el primer héroe de la Independencia. Los intentos, débiles por cierto, de la crítica, para analizar su obra pública y darle la recompensa que merece ó vituperarlo por sus faltas, se han estrellado ante el fanatismo de ciertos partidarios que lo han declarado intangible y que discuten á todos menos á él. Dadas estas circunstancias y la oportunidad en que se escribe esta biografía, no se espere un estudio crítico y completo de la vida y hechos del Cura de Dolores, sino únicamente una relación de sus actos, acompañada de escasas observaciones cuando fuere indispensable y la rectificación de algunas de las muchas inexactitudes que se han escrito acerca de la vida de una personalidad tan notable en la historia de México, como lo es Don Miguel Hidalgo y Costilla.

Nació Hidalgo el 8 de Mayo de 1753, en el Rancho de Corralejo, jurisdicción del Obispado de Michoacán; sus padres eran parientes lejanos entre sí y nacidos en puntos muy opuestos. Don Cristóbal, padre del Cura, nacido en Tejupilco, pertenecía á una familia allí radicada desde principios del siglo XVII; las circunstancias lo llevaron á la provincia de Guanajuato, donde desde la conquista vivía la familia de la que fué

su esposa, Doña Ana Gallaga y Villaseñor, la que a la sazón era una huérfana que muertos sus padres y abuelos vivía con unos tíos suyos. Se ha fantaseado sobre la manera como trabaron conocimiento los futuros esposos pero sin fundamento, porque ese conocimiento nada tuvo de extraordinario ni de romántico. Don Miguel fué el segundo de sus tres hermanos, y quedó huérfano de madre en muy temprana edad; el casamiento de su padre con Doña Gerónima Ramos, hizo que los cuatro hermanos fuesen á vivir con su tío abuelo el Bachiller Don José Manuel Villaseñor, Cura de Coeneo, hermano de Doña Joaquina Villaseñor de Gallaga, abuela de los Hidalgo. El citado Bachiller se encargó de la educación de sus sobrinos, y á los cuatro dió estado: á los mayores Don José Joaquín y Don Miguel, los envió á estudiar á Valladolid, y allí se ordenaron de sacerdotes; Don Manuel Mariano hizo sus estudios de abogado en Méjico, donde quedó radicado y casó con Doña Gertudis Almendaro; el último, Don José María, fué Bachiller en artes en 1780, pero no habiendo querido continuar sus estudios, se dedicó al campo, radicándose en Pénjamo, donde se casó con Doña Sebastiana Villaseñor, y donde vivía en 1810, según consta en documentos fehacientes que tenemos.

Don Miguel Hidalgo estudió en el colegio de San Nicolás, de Valladolid, á los doce años, y á los diez y siete vino á Méjico á recibir el grado de Bachiller en artes, el 30 de Marzo de 1770; su hermano mayor recibió el grado á su vez al día siguiente; tres años después, el 24 de Mayo de 1770, ambos hermanos se graduaron de Bachilleres en filosofía; su Profesor fué Don José Joaquín Menéndez Valdés. Don Miguel continuó sus estudios y en 1783 estaba en disposición de recibir los grados de Licenciado y Doctor como lo hizo su hermano Don José Joaquín, pero algún incidente que le ocurrió le impidió realizar su propósito. Las fechas en que recibió las órdenes sagradas y cantó su primera misa Don Miguel, son fáciles de averiguarse, y el que esto escribe declara con toda fran-

queza que si no lo ha conseguido ha sido únicamente porque no ha podido disponer de tres ó cuatro días que necesita emplear en la gestión.

Hidalgo hizo brillantes estudios, y además de ellos aprendió el tarasco y algún otro idioma indígena, lo que le sirvió mucho cuando fué Cura de almas; sus compañeros le llamaban "El Zorro," por la astucia de que daba muestras. Terminados sus estudios siguió viviendo en Valladolid, y consta que en 1785 era catedrático de prima de Sagrada Teología, puesto que obtuvo por oposición. Se afirma que también fué Rector de San Nicolás cuando Morelos hizo allí sus estudios; si esto queda probado, resultará que en 1793 ó 1794 continuaba aún en Valladolid, pues por entonces ingresó Morelos al colegio, pero nos parece algo difícil que haya sido así, pues Hidalgo no permaneció tantos años en Valladolid, á causa de las dificultades que tuvo por la rectoría del colegio, y en ese tiempo era Cura de San Felipe.

Algún tiempo anduvo por Tajimaroa y otros pueblos del Sur de Michoacán; también sirvió el Curato de Colima, como ha quedado últimamente comprobado; la independencia de sus ideas fué causa de las diferencias que tuvo con sus superiores y del proceso que en 1780 le formó la Inquisición; se le encomendó la Parroquia de San Felipe, donde permaneció desde 23 de Enero de 1793 hasta 14 de Enero de 1800, en que por el proceso de que hemos hablado se le suspendió por algún tiempo. Abjuró sus errores, se reconcilió con la iglesia, y por la muerte de su hermano Don Joaquín, se le encomendó el Curato de la Congregación de los Dolores el 3 de Octubre de 1803.

Dedicado al estudio adquirió una vasta ilustración, muy superior á la de aquella época; sabía el francés, lo que era rarísimo entonces, y no había olvidado sus ocupaciones agrícolas de la infancia. En su Curato estableció una fábrica de loza, formó una banda de música, procuró fomentar la cría del gusano de seda, plantó unas moreras que aún se conservan é hizo otras mejoras. Por razón de sus lecturas, insen-

siblemente se fué volviendo enemigo de la dominación española, y como todos los criollos de entonces, estaba deseoso de que terminara. A él más que á otros, impresionaron los sucesos ocurridos en España en 1808 y dispusieron su ánimo á pensar en un cambio de Gobierno; sin embargo, en su curato poco ó nada podía hacer, por lo reducido del campo donde accionaba; pero la invitación de su pariente el Cura de Huango Don Manuel Ruiz de Chávez para tomar parte en la conspiración de Valladolid, le reveló la existencia de otros hombres que tenían las mismas aspiraciones que él. Desde entonces contrajo amistad con Allende, sobre el que adquirió el ascendiente que las canas, la ciencia, la experiencia y el carácter sacerdotal dan sobre la juventud; hizo entrar en el complot á Aldama, se relacionó con la Junta de Querétaro y empezó á hacer propaganda á su proyectos: que esta propaganda era extensa, lo prueban los conatos de seducción de los oficiales y sargentos que mandaban los Cuerpos acantonados en Guanajuato, la correspondencia que sostenía con Morelos y otras circunstancias.

Fabricó lanzas en Santa Bárbara, se preocupó bastante del capítulo de recursos, como lo prueba la resolución que adoptó, de secuestrar los bienes de los europeos, y si llegó á figurarse que vería triunfar la causa por la que iba á combatir, es probable que formase el plan embrionario de gobierno á que hace alusión Alamán, y que este plan tendiese al establecimiento del sistema republicano, único que habían producido las dos últimas revoluciones ocurridas en el mundo: la de 1775 en los Estados Unidos y la de 1789 en Francia, cuya historia es probable que conociera el Cura de Dolores. Contaba con empezar la revolución el 1.º de Octubre de 1810, en cuya fecha se levantarían simultáneamente Dolores, San Miguel, San Felipe, Querétaro y algunas otras poblaciones, y es probable que aunque tuviera fe en su empresa, nunca creyera que en pocos días había de contar con un ejército de cien mil hombres.

Los sucesos se precipitaron y su resolu-

ción de empezar la revolución con los elementos con que contaba, le dieron el primer puesto entre los caudillos independientes y las promociones de Celaya y de Acámbaro se lo confirmaron, haciéndolo Generalísimo de las tropas insurgentes, á las que sin embargo no podía guiar á la victoria por carecer de conocimientos siquiera rudimentarios en el arte militar. Bajo este concepto puso su confianza en gran parte en Allende, que era á quien correspondía, pero no dejó de otorgarla á Aldama, y sobre todo á Jiménez, que es el que aparece con el carácter de cuartel maestro del ejército.

En San Miguel, Guanajuato, Valladolid y Guadalajara, hizo aprehender á los españoles, y si bien respecto de muchos dió orden de que fuesen muertos, respecto de otro no la dió, y sólo es responsable de su debilidad para con los feroces asesinos Marroquín y secuaces, que materialmente se ensañaron con los indefensos prisioneros. No aparece de los antecedentes de Hidalgo que fuese de instintos sanguinarios, y por lo mismo llama la atención que ordenase ó permitiese esos asesinatos, y su conducta sólo puede atribuirse á que tuviese algún grave resentimiento que vengarse en ellos, lo que no es creíble, ó que creyese necesario su exterminio para asegurar el triunfo de la causa porque combatía. Si se atiende á que los españoles eran los dominadores y á que estaban acostumbrados á mirar con desdén y hasta con desprecio á los hijos del país, sobre todo en las poblaciones pequeñas, que era en las que el caudillo había pasado la mayor parte de su vida, debe creerse que esos asesinatos fueron ordenados más que por espíritu de venganza, con el carácter de medidas políticas. Sin embargo, ni aun así son excusables. Que tenía ideas de orden, lo demuestra haber dejado á los Ayuntamientos sus atribuciones y ser ésta la única institución que no trató de desquiciar. La fundación de la casa de moneda de Guanajuato, la supresión de tributos, estancos y de la esclavitud, así como otras medidas que dictó y que aunque fueron en corto número, indican que tenía

buenas intenciones é ideas propias sobre determinados asuntos.

Salido de San Miguel, no se dirigió directamente sobre Guanajuato á Querétaro, como parecía indicado, sino que siguió para Acámbaro, de donde al fin se resolvió á encaminarse á la primera de las citadas poblaciones; la actitud de Calleja parece que fué la causa de estas vacilaciones y el deseo de que se le viese rodeado de prestigio ahí donde tanto se le conocía, el que lo hizo que se dirigiese á Valladolid antes de tomar resueltamente el camino de México. Después de la batalla de las Cruces se negó resueltamente á ocupar la capital, alegando la falta de municiones y la proximidad del ejército de Calleja. Lo primero no debía arredrar á un caudillo que acababa de hacer una marcha triunfal y de improvisar un gran ejército sin tener municiones ni un solo cañón, y lo segundo no era obstáculo, pues entre esperar á Calleja en campo raso y esperarlo dentro de una ciudad abundante en recursos, la vacilación no podía durar mucho.

Aun en el supuesto de que por el ataque de aquel jefe se viesen los insurgentes obligados á desalojar la ciudad, ya la habían ocupado, haciendo huír ó aprisionando al Virrey y principales autoridades, trastornando el régimen colonial, haciéndose de inmensos recursos y prestigiando grandemente la causa con la ocupación. Acaso el ejército de Calleja, que aún no recibía el bautismo del fuego, se hubiera negado á combatir y hábilmente conquistado con dándivas se habría pasado á los insurgentes ó hubiera sido obligado á retirarse muy mermado; la Independencia quedaba casi hecha y se hubiera evitado la larga lucha de once años. En cuanto al saqueo á que estaba expuesto México, "no es verosímil que arredrase á Hidalgo la perspectiva de él y del desorden que se seguiría á su entrada, cuando consideraba esto como un mal necesario é irremediable," dice Gustavo Baz, uno de los biógrafos de Hidalgo.

La precipitada retirada después de la victoria de las Cruces, hizo que los ejércitos insurgente y realista tropezasen material-



Lugar de la batalla en el Monte de las Cruces.

mente el 6 de Noviembre en Aculco, donde el primero se desvaneció como el humo, y al desaparecer dejó ver la desunión de sus principales jefes: ya hemos visto que Allende con los principales militares se dirigió á Guanajuato para defender la ciudad, que creía digna de ser la capital del mundo; Hidalgo, por su parte, se encaminó á Valladolid, donde llegó tres días después de la derrota de Aculco. Permaneció varios días levantando fuerzas, pues pensaba hacerse fuerte allí, pero al tener noticia de la ocupación de Guadalajara por Torres, salió inmediatamente y llegó á la capital de la Nueva Galicia el 26 del mismo Noviembre. Allí se le reunió Allende, derrotado en Guanajuato, y los demás Generales, y todos afectando olvidar sus pasadas discordias, trataron de sacar de la plaza los recursos necesarios, y de organizar un gobierno, á iniciativa de Don Ignacio Rayón.

La batalla de Calderón se dió por voluntad expresa de Hidalgo que tenía fe en la victoria y que después de ella esperaba pulsar dificultades para llegar á México; para ella se trajeron de San Blas muchos buenos cañones del arsenal, se reunió bastante gente de la provincia, se fabricó pólvora, etc. Como ya hemos visto, tres veces estuvo á punto de declararse la victoria por los insurgentes, pero al fin fueron derrotados y se vieron obligados á huir. Hidalgo tomó rápidamente el camino de Aguascalientes, y en el camino se le unió Iriarte, que no pudo llegar oportunamente á Calderón; en la Hacienda del Pabellón lo alcanzó Allende y los demás jefes, y después de una escena violenta en la que se hicieron mutuas recriminaciones, el Generalísimo abdicó verbalmente el poder, y desde aquel momento siguió en el ejército sin carácter oficial alguno. De Zacatecas se retiraron los jefes á Salinas, con ánimo de llegar á Saltillo, y en Matehuala se adelantó Allende, con el objeto de batir las fuerzas que los amenazaban; dos ó tres días después salió Hidalgo, acompañado de sus mozos y de Marroquín. Por el camino recibió el oficio de Cruz en que le ofrecía el indulto; Hidalgo y Allende lo contestaron ne-

gándose á cualquier arreglo que no tuviese por base la libertad de la nación.

Al resolverse el viaje á los Estados Unidos, parece que Hidalgo, por lo que declaró en su causa, no tuvo voz ni voto; sin embargo, alguna participación tuvo en el proyecto, como lo demuestra el consejo de hacerse acompañar de un misionero del colegio de Guadalupe, y las credenciales y nombramientos que en unión de Allende firmó para el Lic. Aldama, nombrado Embajador, y para Rayón, Licéaga y Arrieta, quienes quedaron con el mando del ejército. Desde Saltillo emprendieron directamente el viaje por Monclova, para llegar á cuya población tenían que pasar por Acatita de Bajan, lugar donde, como es notorio, cayeron en poder del traidor Elizondo, que los entregó á Salcedo para que los llevase á Monclova, y de ahí los remitiese á Chihuahua, donde se les formó causa, por ser la residencia de las autoridades superiores de la región llamada "Provincias Internas."

El 21 de Marzo de 1811 fué la prisión de Hidalgo; el 26 salió de Monclova para Chihuahua, á donde llegó el 23 de Abril; el 25 se nombró al Juez de la causa y el 7 de Mayo rindió su primera declaración el preso. La importancia de éste y lo numeroso de las causas que el Consejo de Guerra tenía que instruir, hicieron que el proceso del Cura de Dolores tardase algún tiempo, y después, cuando los militares y aun muchos paisanos habían sido ya fusilados, él conservó la vida, gracias á su carácter sacerdotal. La justicia eclesiástica intervino en el proceso y dejó pasar algunas semanas en decidir si el preso debía ser llevado á Durango, donde residía el Obispo, ó no; degradado al fin Hidalgo el 27 de Julio, fué entregado á la justicia ordinaria, que ejecutó en él la sentencia de muerte el 30 del mismo mes. Un tarahumar fué el que separó del tronco la cabeza, que debía ser colocada, como se hizo, en un ángulo de Granaditas.

La causa que se formó á Don Miguel Hidalgo ha servido para que en su contra se formulen cargos tremendos ó se hagan panegíricos exagerados, sin fundamento en

concepto nuestro, pues allí no debe verse más de la situación angustiosa á que se hallaba reducido un hombre que vé la muerte cercana; era natural que tratase de disculparse siempre que encontrara oportunidad de hacerlo, que estuviese arrepentido de muchas de sus acciones durante la revolución, y que no pensase ya más que en lo próximo que para él estaba el momento en que iba á comparecer ante Dios. Así, pues, no deben buscarse en esa causa señales ó huellas de debilidad ó de firmeza, ni capítulos de acusación ó de alabanza. Únicamente debe verse como un documento histórico digno de consultarse, por las noticias que contiene. Su análisis no quitará ni un ápice de la reputación que Hidalgo tiene adquirida, ni tampoco servirá para aumentarla, y al deplorar que su gloria de iniciador de la Independencia de México tenga algunas sombras, no se debe procurar que éstas se extiendan hasta opacar aquella; ni tampoco empeñarse en limpiarla tanto que se llegue á quitar todo el mérito á los que tanto ó más que él ayudaron á la causa de la Independencia.



Juan Aldama.